

MANSURA DE FÉLIX DE AZÚA, O CUANDO
PIERRE MENARD ESCRIBIÓ LA *VIDA DE SAN*
LUIS DE JOINVILLE

Incluso a la hora de establecer a qué tipo de relato puede pertenecer *Mansura* (1984) de Félix de Azúa, encontraríamos ciertas dificultades si queremos ser precisos. La editorial publica el texto, suponemos que siguiendo la opinión del autor, bajo el marbete de novela, pero ¿podemos denominar novela a un texto no solo inspirado sino que literalmente traduce, en casi toda su extensión, una crónica medieval francesa?

Se trata de una obra de finales del siglo XX que parece ignorar el concepto de originalidad que durante dos siglos ha sido fundamental para entender la literatura occidental, en cualquiera de sus géneros, y el arte en general. El “Aviso al lector” que se sitúa al comienzo del texto señala su origen, y sobre todo la peculiaridad de que casi todos los hechos que va a narrar son los que ya contó Jean de Joinville (1224-1317), al componer su *Vida de San Luis* (1309).¹

¹ En esa página inicial debe existir un error en la cronología que se cita pues la fecha inicial de la vida de Joinville es 1225 (cercana a la que manejamos) pero como fecha de su muerte figura 1377, lo que supondría una vida de más de ciento cincuenta años. Hoy los testimonios que tenemos permiten situar sus 93 años de vida entre 1224 y

Por esta razón, al menos serían posibles al menos dos tipos de lectura, dos líneas interpretativas: la primera, muy mayoritaria, sería la que limita la lectura exclusivamente al texto y no se preocupa del original del que parte (entre otras razones, por ser una obra medieval que pocos lectores conocerán). La otra lectura, la “cultural” es la que conoce y toma como punto de referencia la obra de Joinville, aquellos que tienen en cuenta su condición de “palimpsesto” según la terminología de Gerard Genette, que dadas las proporciones alcanzadas se acercaría de modo evidente a la copia.²

En este punto hay que añadir que la “refundición” que realiza Azúa va mucho más allá de lo que habitualmente denominamos intertextualidad, pues se trata de todo su texto y, por otro lado, también puede entenderse como una alusión irónica a la producción literaria en la Edad Media, en la que justamente el concepto de originalidad moderno no era importante. Ahora bien, más adelante veremos que su método difiere del de los cronistas medievales y que en términos globales la intención de las dos obras, la hipótesis que podemos construir sobre ella, se distancia precisamente por los cambios que introduce Azúa en diversos niveles.

En primer lugar, hay que señalar que el título de la novela difiere del de la crónica y mientras Joinville sigue

1317; en 1241 Joinville se trasladó de Champagne a la corte del rey Luis IX de Francia, que será conocido como San Luis, y con él participa en la Séptima Cruzada. En 1299 Jeanne de Navarra le pide que escriba la Vida y la dedicatoria lleva la fecha de 1309, que podría ser el año del manuscrito original o bien la de una copia. Sobre la datación véase el prólogo de Jacques Monfrin a su edición de la *Vie de Saint Louis* (pp.69 y siguientes).

² Véase Gerard Genette, *Palimpsestes. La littérature au second degré* (1982).

el patrón de las vidas ejemplares, desarrollado especialmente en las vidas de santos, las crónicas y las biografías de figuras históricas;³ el título de Azúa contiene solo una referencia geográfica, un lugar exótico, que no conlleva una referencia temporal, y no sería ya fundamental en él la argumentación a favor de un rey, Luis IX de Francia, para mostrar que fue un santo y casi un mártir, además de relatar su valerosa conducta en las Cruzadas.⁴

La elección del nombre está motivada, según veremos, por motivos coherentes con la construcción que realiza el narrador de Félix de Azúa, y por la lectura que podemos realizar hoy de los hechos que cuenta Joinville, sobre todo los referentes a la Séptima Cruzada (1248-1254). En este caso, aunque el lector desconozca el contexto específico mencionado, las Cruzadas siguen siendo un motivo cultural que forma parte del patrimonio occidental en una pluralidad de interpretaciones: en unos casos se subrayará el espíritu idealista que animó a gran parte de los cruzados; en otros, se pondrá énfasis en los diversos intereses que influyen en su desarrollo; y en otros, el punto de vista de los árabes, que ha tenido un gran éxito en tiempos recientes en la versión de Amin Maalouf.

El punto de partida de *Mansura* tiene que ver fundamentalmente con la interpretación tradicional en occidente de las Cruzadas, de la que parte el sustrato ideológi-

³ Fernando Gómez Redondo, menciona brevemente la novela de Azúa en el apartado dedicado a las Crónicas en un notable trabajo: "La narrativa de temática medieval: Tipología de modelos textuales" (2006), p.335.

⁴ Sobre las vidas de santos en la literatura española debe consultarse Ángel Gómez Moreno, *Claves bibliográficas de la literatura española: del Cantar de Mío Cid a Cervantes* (2008).

co que sufre diversas modificaciones en la modernidad, o si queremos, en la posmodernidad.

El narrador de Azúa en su “Aviso al lector” también advierte de las libertades que se ha tomado con el texto, y apunta que aquellos que lean la original *Vida de San Luis* comprobarán que “lo increíble es más verdadero que lo posible” (p.7). Ahí se refiere al interés que podría tener este texto para un lector contemporáneo y añade que en una aventura como la de los cruzados hoy suele verse solo la codicia, pero si fuera solo ese su motor nada quedaría de ella. Lo que le interesaría al escritor actual sería la dosis de imaginación que se añade a lo que pudieron ser aquellos hechos.

Este “Aviso” va seguido del Capítulo I que funciona como un “introducción”, titulada “En el que se presenta al autor de esta crónica”, que además de situar al lector en contexto, subraya uno de los elementos modernos que ya se encuentran en la obra original, pues el retrato del Rey incidiría en la valoración del ser humano no del superhombre, al hombre que se equivoca y que sabe reconocer sus errores. Como Rey en la época no tendría que revisar o razonar su ejercicio del poder, y sin embargo su preocupación por la equidad y la justicia es semejante a la nuestra, y sus cualidades convirtieron al Rey en un personaje singular. Ahora bien, si no me equivoco en ese capítulo inicial hay dos elementos que hay que subrayar, que se mantienen en el resto del relato y que determinan una lectura irónica: ni en el caso del Rey ni del autor se dan los nombres propios, Louis y Jean, y tampoco lo encontramos en el resto; es decir, justamente un elemento fundamental, el que se trata de la vida de San Luis, y el nombre del autor del texto (un concepto que según vemos, queda en entredicho), en los dos casos nos

encontramos con un vacío que tiene que llenar el lector.⁵ Y, además, según veremos, se produce una catalanización del texto pues las ciudades y los lugares franceses que se mencionan en la crónica son transformados en Barcelona, Gerona, Olot, etc, y los caballeros dejan de tener los nombres de los cruzados que acompañaron a Luis IX y se convierten en nombre catalanes: así, por ejemplo, en la batalla de Damietta quienes estaban con el Rey eran “messire Geoffroi de Sergines, Messire Mathieu de Marly, messire Philippe de Nanteuil, messire Humbert de Biau-jeu, connétable de France” (*Vie* pp.249-251); en *Mansura* la enumeración se sitúa en un momento posterior del relato y aparece en boca del Rey: “He visto morir a los mejores caballeros del reino, al gran Berenguer d’ Entença, a Guillem de Cervelló, a Dalmau de Rocaberti, a Blasco de Alagón, al gran Pero Maça” (p.117). Tanto aquí como en los sucesivos combates, y en el regreso de la Cruzada, se mantiene esa transformación en el texto de Azúa, con lo que vemos que se ha producido un escamoteo. En los hechos épicos resulta fundamental el héroe, del que se pretende que perdure el recuerdo, y aquí lo que encontramos es que el valor, la caballerosidad o los errores de los cruzados son atribuidos a otros, de manera que esa clave se pierde; queda la acción y se atribuye a otro, con lo cual también se rompería ya definitivamente el “pacto de lectura” que encontramos en el género. De esos cambios hay varias interpretaciones posibles, y algunas compatibles con otras, aunque de lo que no cabe duda es de su carácter irónico: podría poner en cuestión la

⁵ El título que se ha dado a la obra es “Livre des saintes paroles et des bons faiz nostre saint roy Looÿs”; al poco del comienzo, al autor se nombra a sí mismo, como lo hará más adelante en el texto en otras ocasiones, como “Jehan, sire de Joingville”.

objetividad de la Historia, en este caso escrita por un testigo muchos años después y exclusivamente desde el lado de los cruzados; podría relacionarse también con las diferentes Historias que surgen en España a partir del desarrollo del Estado Autonómico, y el establecimiento en los planes de estudio que contienen algunas versiones peculiares del pasado; y cabe interpretarla como una traslación de las experiencias de la generación desencantada del escritor, que podría incluir alusiones a personajes reales cuya clave no se suministra.⁶

En los primeros compases no hay elementos claramente anacrónicos, no se busca la recreación lingüística, y sí puede señalarse una búsqueda de la semejanza con el “espíritu” del libro de Joinville, por lo que no se trataría de repetir la información sino de transmitir ese elemento caballeresco, las maravillas y las aventuras que nutren el libro de manera tan eficaz y sorprendente, pero desde la distancia irónica.

Resulta curioso que en su autopresentación el autor sin nombre, en la versión de Azúa, sitúa en una posición inicial relevante el hecho de ser un elegido por el Rey, y señala que esa elección marcará su vida, en definitiva, un hecho arbitrario y casual. El poder absoluto podría haberle ignorado, o rechazado, pero fue uno de los elegidos, y esa circunstancia le convirtió en otro, así como las aventuras que vivió en la Cruzada en Egipto y la es-

⁶ Algunas reformas del rey dan pie a la relación con el contexto, como, por ejemplo, cuando se habla del Justicia Mayor en la ciudad de Barcelona, y dice que “se adjudicaba por venta a los burgueses que pujaban por él. Malo es siempre que los cargos públicos estén en manos de los ricos, pero mucho peor en este cargo que en todos los otros, pues tras el inmenso pago, el Justicia debía resarcirse y solo fallaba a favor de quienes podían obsequiarle ricamente” (p.168).

tancia en Tierra Santa. Un signo de esta identidad es que escriba su libro en el que expresa no pocas opiniones personales, que a veces se enfrentan a las del monarca, junto a los hechos, y que termina con una visión desencantada de los años pasados en busca de objetivos poco realistas.

El “Aviso a lector” establece la referencia genética pero al afirmar la libertad con que desarrollará los mismos hechos que cuenta Joinville deja de lado una de las obligaciones evidentes del cronista, la de ser preciso y veraz. Esa necesidad resulta también relativizada cuando pone en duda la posibilidad de conocer lo que ocurrió en el lejano siglo XIII: “Resulta muy arriesgado suponer que tal o cual rareza no pudo suceder en el siglo XIII, y tal otra sí”,⁷ lo que nos avisa también de la dudosa verdad de la materia narrada. En el cuerpo de la narración vemos que hay un enfoque que fundamentalmente se refiere a los hechos singulares, a las gestas que protagonizan los caballeros cruzados, y los desastres y el cautiverio que padecen, y que apuntarían a la aventura, en donde no cobraría tanto relieve como en el original la motivación religiosa.

En la narración de Joinville serían dos propósitos los que le animan, pues junto a los hechos de armas es muy importante el recuerdo de la fe del monarca, de la virtud cristiana, que en la novela de Azúa aparece sin situarse en primer plano (el título ya era significativo, pues señalaba como objetivo el registro de las “santas palabras” y los “buenos hechos” de San Luis).

No obstante, no dejan de aparecer algunos ejemplos de la virtud del Rey y de su capacidad para transmitir sus creencias, que son transcritas mediante los diálogos

⁷ *Mansura*, p.7. Cito por la edición en bolsillo del libro, en Anagrama Compactos (1993).

intercalados que utilizaba Joinville y retoma Azúa, una técnica que dota de agilidad al texto. En varios se muestra la ingenuidad del narrador y la sabiduría del Rey, y si nos detenemos en uno podemos tener una idea del método de reelaboración de Azúa:

Conocía de oídas [el Rey] mi inclinación a la vida cortesana y le divertía la torpeza con que me mostraba en público. Un día me preguntó delante de dos frailes muy doctos si sabía yo decir lo que era Dios, y yo dije que Dios era lo mejor que cabía imaginarse. Dices bien, añadió, pero ¿qué prefieres: ser leproso o cometer un pecado mortal? ¡Mil pecados mortales antes que ser leproso!, contesté con un aspecto tan atribulado y dramático que le dio una tos asfixiante. Luego me afeó la respuesta con mucha severidad: No puedes ser leproso del cuerpo más allá de la muerte, dijo, pero puedes ser eternamente leproso del alma por un solo pecado mortal. Y al decirlo miraba a los hermanos teólogos con aire de quien también conoce trucos. Pues es verdad, contesté; no se me había ocurrido (*Mansura* p.13)

En el texto de Joinville la anécdota también se encuentra en las primeras páginas, dedicadas a mostrar la virtud del Rey en sus palabras y también sirve de caracterización para los dos personajes. Cito siguiendo la versión modernizada de Jacques Monfrin:

Il me fit venir une fois et me dit: “Je n’ ose vous parler, á cause de la intelligence subtile qui est la vôtre, de chose qui concerne Dieu. Et pour cette

raison j' ai fait venir ces frères qui sont ici, car je veux vous faire une demande". La demande fut telle: "Sénéchal, fit-il, qu' est-ce que Dieu?" Et je lui dis: "Sire, c'est une chose si bonne qu'il ne peut en avoir de meilleure. Vraiment, fit-il, c'est très bien répondu, car la réponse que vous avez faite est écrite dans ce livre que je tiens à la main. Maintenant je vous demande, fit-il, ce que vous aimeriez mieux, ou être lépreux ou avoir fait un péché mortel?" Et moi qui jamais ne lui mentis, lui répondis que j'aimerais mieux en avoir fait trente que d'être lépreux. Et quand les frères furent partis, il me fit venir tout seul et me fit asseoir á ses pieds et me dit: "Comment avez-vous pu me dire cela hier?". Et je lui dis que je le lui disais encore. Et il me dit: "Vous avez parlé comme un étourdi trop pressé, car vous devez savoir qu'il n'y a pas de lèpre aussi affreuse que d'être en état de péché mortel, parce que l'âme qui est en état de péché mortel est semblable au diable, c'est pourquoi il ne peut y avoir de lèpre aussi affreuse. Et il est bien vrai que, quand l'homme meurt, il est guéri de la lèpre du corps, mais quand l'homme qui a commis le péché mortel meurt, il ne sait pas et n'est pas certain qu'il ait eu en sa vie un repentir tel que Dieu lui ait pardonné; c'est pourquoi il doit avoir grande peur que cette lèpre ne lui dure aussi longtemps que Dieu sera au paradis. (*Vie* pp.157-159)

Según se ve, en la crónica el parlamento del Rey contiene una cláusula que Azúa omite, en la que enfatiza la petición de que el interlocutor prefiera siempre las enferme-

dades del cuerpo a las del espíritu, esto es, a los pecados mortales.

La comparación entre estas dos secciones nos permite establecer algunas conclusiones: primero, tal y como señala, se comprueba la libertad con que trata el material, pues hay elementos que cambian y que no se limitan solo al orden verbal, si bien la enseñanza en ambos casos tiene elementos semejantes. En los dos textos encontramos el diálogo y una actitud parecida, aunque *Mansura* no pretenda imitar los rasgos de la prosa medieval. No obstante, veremos que también busca en diversas ocasiones elementos que mantengan un “matiz” medieval en el texto.⁸ En general es más sintético y utiliza menos la amplificación, como se puede esperar en un relato del XX.

También hay algún detalle importante que cambia: por ejemplo, el libro que lleva en la mano el Rey en la obra de Joinville, desaparece en la nueva versión, mientras que en el original no solo el Rey es más discreto al esperar al día siguiente, cuando ya no están presentes los frailes, para reprender al joven, sino que tampoco tiene ningún gesto de complicidad con ellos. En esta nueva versión la utilización de la palabra “truco”, en materia de fe, no cabe duda de que distancia al lector e introduce un elemento extraño, que no se da en el original, como tampoco encontramos la expresión gestual.

Es líneas generales, Azúa, mantiene una buena parte del original, reduciendo su extensión pero mante-

⁸ Lo veremos, por ejemplo, en comparaciones, como cuando dice que las flechas que caen sobre ellos son “tan abundantes como las espigas de agosto” (p.73), cuando alude como termino de comparación a personajes de la literatura clásica, o cuando refiere algunas leyendas, según mencionamos luego, como la de las fuentes del Nilo.

niendo los hechos más significativos, más interesantes para un lector actual. La división en los 47 capitulillos no se encuentra en el original, y dotaría el desarrollo de una ordenación más clara que la del original. En ellos, por un lado, evita la redundancia, mientras que, por otro, añade elementos subjetivos, que no parecen provenir de otras fuentes que podía haber utilizado, a diferencia del método de documentación que suelen emplear los autores de novelas históricas.

Los análisis de la intertextualidad, las relaciones de un texto con otro precedente, como los realizados por Gerard Genette, establecen diversas clasificaciones según un texto amplifique, cite o parodie otro texto. Y así vemos el carácter peculiar de este caso: se trata de un texto que deriva de otro anterior, que en apariencia no contradice los valores del texto, aunque sí matiza y transforma el sentido en algunas secciones.⁹

Una peculiaridad que los historiadores de la literatura han señalado en Joinville es que no se trata de un cronista oficial, que no había tenido la formación que solían tener y no sigue el método con el que desarrollaban su labor. Es un noble, no un monje, y escribe cuando ya han pasado años desde los hechos que narra, con el matiz que eso supone. Es un amateur que utiliza muy poco otras fuentes escritas, al modo de los cronistas, sobre todo cuando habla de lo que ha visto y ha oído, y ese valor testimonial lo desarrolla con una inusual libertad que hizo que en muchas ocasiones los estudiosos juzgaran desordenada su obra, carente de estructura y de plani-

⁹ Gerard Genette, en *Palimpsestes* (pp.7 y siguientes). No encontramos una imitación satírica del estilo original, sino que aquí la parodia es sobre todo homenaje.

ficación.¹⁰ En nuestros días esa evaluación no se mantiene, y lo que se subraya es el talento de Joinville para narrar sin situarse en primer plano, sin intentar ocupar un centro que otorga al Rey, a sus hechos y palabras, a otros caballeros, y al mismo tiempo inscribe su propia personalidad, con una enorme capacidad expresiva y de captar los matices que constituyen una narración ejemplar.

Este es sin duda un elemento que encontramos en el narrador de Félix de Azúa quien, además de los detalles y descripciones que son singulares en la escritura de Joinville, añadirá otros muchas veces con intención irónica, transformando algunas escenas y enunciando, según veremos, algunas afirmaciones imposibles. Los dos narradores suelen comenzar cada una de las secciones de sus libros entrando directamente en materia, como si el lector ya conociera algo de los hechos contados, saltando luego de un segmento a otro sin transiciones y esta técnica dota de una especial agilidad al relato.

El narrador de Azúa se atiene a las limitaciones del original en diversos aspectos, según vemos, y así hay muy pocas descripciones espaciales, no hay diálogos independientes y no emplea, de manera manifiesta, textos contemporáneos o posteriores para completar o corregir lo narrado en el siglo XIII (al final recurre a diferentes testimonios para narrar aquello de que no fue testigo).¹¹

La introducción, el Capítulo I, sirve para dar algunos indicios que nos sitúan en la mentalidad medieval, pues, por ejemplo, comienza recordando su condición

¹⁰ Solo en las secciones finales Joinville recurre a fuentes escritas, como han señalado diversos estudiosos, al tratarse de hechos de los que ya él no fue testigo, como la última cruzada del rey y su muerte.

¹¹ Véase Jacques Le Goff, *Héros du Moyen Âge, le Saint et le Roi* (2004), en lo referente a San Luis, pp.617-928.

mortal y la omnipotencia de Dios, y siguiendo la tradicional *captatio benevolentiae* procede a comparar los hechos que va a narrar con los que ocurrieron en el mundo clásico, y al concepto de *auctoritas*: “como dice el señor Salustio, los griegos no lucharon mejor que nosotros, pero tuvieron grandes cronistas” (p.12), donde el término “señor” buscaría mantener el aire medievalizante, al modo que también utilizaba Álvaro Cunqueiro en alguno de sus magníficos relatos.

En los primeros capítulos encontraremos, como en Joinville, las palabras del rey y luego se pasará a sus hechos, al mismo tiempo que añade en pinceladas otros personajes que también, y con ello vemos la personalidad del narrador, sus reacciones, su punto de vista y comentarios, que en su concisión algunos muestran un divertido carácter humorístico: el narrador, nos dice, se habría convertido en cruzado, no por una motivación personal, sino por seguir al Rey y otros caballeros y para poder contar sus aventuras a la vuelta de Oriente, a lo que añade la siguiente reflexión: “Este consuelo era endeble ya que todos mis amigos se venían conmigo a Tierra Santa. ¿A quién, pues se lo contaría?” (p.23). En otros casos el humor surge de la anécdota ya relatada por Joinville y que a pesar de lo sorprendente sería cierta. Por ejemplo, en la corte un joven alemán servía a la Reina, y esta le besaba cada vez que estaba cerca pues se decía que era hijo de Santa Isabel de Hungría y por tanto sus labios habían estado en contacto con la Santa mucho tiempo. En algunos de los hechos de armas que se cuentan no dejan de incluirse matices humorísticos, con frecuencia relacionados con la peculiaridad de los caballeros: así Jaume d’Alerig era un caballero que presumía de sus conocimientos militares y cuando encuentran el narrador y otro caba-

llero, en los preparativos para el combate, una máquina desconocida, dice “con gran menosprecio nos hizo callar, añadiendo que no sabíamos de lo que hablábamos, que aquello era una máquina llamada colafre, pero muy mal parida y de poco uso. Quedamos ambos desairados y enojados, pero no pudimos responder pues era mayor y más grande que nosotros” (p.49).

En algunos casos se cambia el sujeto de la anécdota curiosa o divertida que ya aparece en Joinville, y así que el conde Amauri de Montfort que rehúsa ir a ver un milagro porque no tiene necesidad de ver para creer (*Vie* pp.173-175) es un hecho que pasa a ser protagonizado por el Rey, que unos momentos en que estaba “jugando a la pelota”, y estaba “ganándole un centenar de doblas a Guillem de Moncada” (*Mansura* pp.16-17).

También hay otras escenas en que se reproduce la dimensión épica y humana, como la imagen sorprendente del Rey entrando en combate él solo, o combatiendo para socorrer a otros cruzados en peligro, y, también presente en ambos relatos, la escena en que tras la confusión del combate uno de los caballeros se acerca al Rey: “Beren-guer d’ Entença, se aproximó al Rey y le besó el guantelete. ¿Qué sabéis de mi padre? Preguntó. Que está en la gloria, respondió el rey. Por sus mejillas resbalaban lágrimas muy gruesas que parecían ríos corriendo entre campos de polvo (p.67). Se daría por tanto una oscilación entre esos momentos memorables y las anécdotas y comentarios irónicos, en donde también algunas reflexiones del narrador sorprenden, y a ello se suman algunos excursos entre los que merecen citarse la historia de un clérigo muy fiero (capítulo V), la descripción del río Nilo y la búsqueda de sus fuentes (capítulo XII), la vida y costumbres extrañas de los beduinos (XVI), la embajada del Vie-

jo de la Montaña y la secta de los Assassinos (XXXI), historia de los frailes enviados a Tartaria y “de las maravillas que allí vieron” (XXXIII).¹² Según puede verse, estos excursos constituyen pequeñas historias intercaladas que reflejan un mundo de maravillas al modo de la literatura de viajes y dotan de variedad el relato. La falta de fechas es semejante a la del texto de Joinville, al igual que la escasez de detalles sobre las armaduras, armas, que solo aparecen mencionados de manera puntual.

Las expectativas del lector, tanto en el relato tanto en el original como en la traslación de Azúa, se centran en los hechos épicos y por ello resulta de especial importancia el momento de la derrota, cuando los cruzados fueron hechos prisioneros en *Mansura* en 1250, como consecuencia de la epidemia que les azotó y a la que pocos sobrevivieron. Los momentos que se reflejan resultan desoladores, incluyendo descripciones cruentas de la enfermedad, cuando el narrador piensa que está condenado e igualmente lo estaría el Rey. Además del gran número que muere víctima de la enfermedad, sus captores mataron a aquellos que están débiles y no podían valerse por sí mismos, y el narrador se salvó gracias a la generosidad de un enemigo. El Rey, el narrador y los demás supervivientes podrán volver a ser libres gracias al rescate que pagan

¹² A veces esos excursos complementan algún hecho, como por ejemplo cuando se firma la paz con los emires de Egipto y estos regalan al Rey un elefante, del que se nos dice que es un animal muy difícil de alimentar y mantener, pero que son “animales tan inteligentes que conocen la lengua de sus amos y les obedecen de palabra; y hay quien afirma que hasta tienen una religión propia de la luna y las estrellas, pues a veces se les ve como en adoración y rezo nocturnos” (p.138).

y a la entrega de Damietta.¹³ Casi no es necesario señalar que la actitud del Rey en esa situación es tan sorprendente como lo era en tiempos de la victoria, y así se completa la imagen de virtuoso y sabio que suraya el relato.

En el final sí encontramos claras diferencias entre la fuente y la novela, sin duda fruto de la lógica que guía el relato. En las últimas páginas Joinville narra la muerte de San Luis, señalando su carácter ejemplar y aduciendo diversos detalles que le han sido contados. Luego menciona el proceso de canonización en el que fue testigo y tras su canonización, el entierro solemne de sus restos en San Denis. Las últimas líneas las dedica a dar fe de que todo lo que ha contado es verdad y lo firma y fecha.

La fecha, el año 1309 y el mes de octubre están entre los pocos elementos que se mantienen en *Mansura*, añadiendo una referencia al lugar en el que viviría habitualmente el narrador, Sils. El capítulo último se titula “El autor expone una última y escondida razón que le empujó a escribir esta crónica”. Previamente da noticia escueta de la muerte del rey: “Los huesos del rey fueron recogidos en un cofre y reposan en la catedral de Barcelona”, y menciona su retiro de la escena pública, separado de su puesto, “y lo agradezco, en vista de cómo andan hoy los asuntos públicos” (p.171).es entonces cuando cambiando la escena del original cuenta que había tenido un sueño en el que el Rey le pedía que escribiera sobre aquellos años juveniles y heroicos, “y que no siempre una derrota es un fracaso”. En lo inventado busca mantener algún elemento de época, y enlaza con el comienzo, al aludir a su propia muerte, al recordar que el libro ha sido escrito “en memo-

¹³ Dominique Barthélemy recuerda que los relatos del cautiverio en Oriente tenían un atractivo, puesto que incluso Guillermo IX de Aquitania, el Trovador contó su experiencia (p.340).

ria de los grandes hombres que me precedieron en el camino de la eternidad, donde espero encontrarles algún día no muy lejano. Amen” (p.172).

Un aspecto sobre el que cabe reflexionar, tras este breve examen, es la elección de Azúa de la crónica de Joinville, un texto francés que, en principio, mantiene escasa relación con la historia del país del novelista. Sabemos además que la Séptima Cruzada fue una empresa casi exclusivamente francesa, pues solo se unieron a las tropas francesas algunos cruzados ingleses y tuvo una notoria falta de apoyo en otras zonas de la Cristiandad.¹⁴ Quizá por ello habría que recordar que Borges decía que el escritor no tiene que limitarse a una tradición, existiendo una rica pluralidad, y probablemente con esto se relaciona la redacción de *Mansura*. Así, tras la lectura no podemos decir que el conocimiento histórico del lector se amplíe, por las razones que hemos mencionado, y en la lectura más frecuente del texto la Historia no puede separarse de la leyenda, de la invención. Si se han señalado los méritos del autor francés, también en las secciones que hemos citado o resumido, puede comprobarse el talento de Azúa, pues es evidente que otros cambios, otra selección y otras traducciones podían haber dado un resultado muy diferente, podían constituir un tosco remake al estilo de algunos cinematográficos. Los aciertos de Azúa no solo residen en el nivel verbal, y en su capacidad de síntesis, sino que se dan en todo el abanico de su técnica na-

¹⁴ Así encontraremos comentarios chistosos sobre algunos franceses o su lengua, que resultan imposibles en el original, y que, por ejemplo, vemos al hablar de uno de los cruzados, el Conde de Provenza, “quien, a pesar de hablar francés, había resultado tan buen caballero como cualquiera de nosotros” (p.119).

rrativa desplegada en función de un lector del siglo XX que es quien (primero) interpretará el texto.

En el título de este trabajo se aludía a la que quizá es la segunda obra de referencia en esta novela, “Pierre Menard, autor del *Quijote*”, incluido en *Ficciones* (1944) de Jorge Luis Borges, en donde tenemos, según se sabe, un mismo texto enunciado en dos momentos históricos diferentes por dos autores diferentes. Aquí vemos que se da una variación con respecto a la escritura de Pierre Menard.

El conjunto de modificaciones que ha llevado a cabo, empezando por la omisión y el cambio en los nombres propios, supone una suplantación en una línea paródica que desestabiliza cualquier posibilidad de identidad con el original y de atribuir al texto veracidad histórica. Pero en ese gesto también nos encontraríamos con la médula de la ficción: detrás del velo de la prosa de Félix de Azúa estaría la *Vida de San Luis* y el talento de Joinville detrás del narrador, con lo que el texto sería fruto de una manipulación, de una selección de elementos y del libre desarrollo imaginativo característicos de la ficción.

Vemos, por tanto, que es el elemento ficticio es el factor central de cohesión en el texto. No obstante, hay que añadir que algunos años después de publicar esta novela, en 1993 el escritor publicó “Unas notas (apresuradas) sobre la novela” donde expone, no una teoría general de la novela, sino sus propios gustos y preferencias, y ahí veremos algunas reflexiones que podemos relacionar con la poética de *Mansura*.¹⁵ Lo primero que destaca en ese ensayo es el énfasis en la importancia de la lectura, en

¹⁵ Se publicó en la revista *Archipiélago*, en su número 12, y lo recoge en el volumen de ensayos titulado *Lecturas compulsivas. Una invitación* (1998), editado por Ana Dexeus.

que es el lector el que escribe la novela, de manera que el contenido del texto cambia según el momento histórico de la lectura, lo cual evidentemente se ejemplifica en el caso que comentamos. Añade que con respecto al mundo histórico en que se escribe, la novela se sitúa en su centro, y siempre supone un campo de visión limitado.

Para Azúa, además, las novelas actuales deben ser sencillas, entendiendo por este término lo contrario de complejo, que sería “aquello que requiere un conocimiento de códigos previos a su descifrado, y es sencillo aquello que lleva incorporado su propio código de descifrado” (1993, p.23), de manera que el lector no tenga que acudir a ninguna información externa; en cierta medida, podemos ver aquí un rechazo del culturalismo y del experimentalismo (con los que, por cierto, se le ha vinculado desde sus inicios literarios), y en el caso que aquí nos incumbe supone negar el interés de la lectura “cultural” y restringir el texto a su lectura novelesca. Curiosamente, al hablar de la novela considera un error que el autor “cuenta un sueño” (1993, p.27), lo que si no recordamos mal hace al terminar *Mansura*, y también subraya la necesidad de la ironía, pues, en su opinión, la novela contemporánea concibe el mundo desde la ironía, y resulta difícil encontrar novelas que narren con “seriedad”. Para él, han perdido interés tanto el realismo como el costumbrismo, además de por su ilusoria pretensión de registrar con objetividad el mundo, porque el novelista realista, tanto del siglo XIX como del XX, pretendería poseer unos valores que se oponen a la ausencia de valores del mundo, lo cual implica un chantaje al lector que no esté dispuesto a leer su novela. Frente a esa poética realista, como elemento clave, según creo, tendríamos la necesidad de la parodia y la ironía, de la distancia crítica, pues si no *Mansura* o cual-

quier otra novela sería inverosímil o, lo que es peor, inaceptable.